

[14]

Las mujeres somos el motor fundamental

*M*i nombre es Cecilia González Llama. Nací en Montería. La que primero se vino a San Andrés fue una hermana que ya tiene como veinte años de estar aquí, luego otra, que tiene 18 o 19 años en la isla, y finalmente yo, que vine de última, hace como 14 años, por invitación de la que llevaba más tiempo. Mi mamá vivió por temporadas porque mis hermanas la mandaban a traer para que las acompañara. Yo voy con frecuencia a mi tierra. Uno no deja sus costumbres y raíces, uno ama su tierra.

Además, de mi esposo, tengo tres hijos y siete hermanos. Para mi la familia es lo más importante que tiene el ser humano. Yo siempre moriré con esas ideas. Si el entorno familiar estuviera arraigado no habría tanta delincuencia, tantos abusos, tantos problemas entre hermanos. Si se es unido en familia, se evitan discordias.

El empuje empresarial

Siempre me ha gustado tener don de mando. Cuando trabajé en Barranquilla era jefe de personal de un grupo de mujeres en una fábrica americana. A mi llegada a la isla trabajé en una empresa pesquera que ya no existe. Luego me desarrollé como trabajadora independiente, en la parte residencial, con la mercancía, porque creo que así uno surge más. Hoy en día tengo mi propio negocio establecido. Es un almacén que día a día ha ido creciendo. Tengo variedad de ropa y voy cambiando el surtido para trabajar con el turismo. Aparte del almacén me dedico a otras cosas. Mando a buscar comida perecedera y la distribuyo. Así he ido creciendo.

En realidad, nunca me he querido quedar estancada en un solo trabajo. He querido surgir y avanzar más hacia el futuro. Lo que uno se proponga, lo logra. Se que voy a llegar lejos. Con la ayuda de Dios quiero ser empresaria, algo más grande. Eso es lo que estoy haciendo, evolucionando. Quiero dejarle a mis hijos algo y una huella en la vida de mi familia. Quiero que digan: Cecilia fue así, trabajadora, capaz. Para mí no existe obstáculo. Si fracaso una vez, lo vuelvo a intentar, si fracaso otra vez, sigo para adelante.

El potencial de las mujeres

Tengo un volcán dentro de mi y quisiera darlo a conocer, que me exploren, que me den la mano para desarrollarme. Yo tengo un potencial para trabajar con las personas. Lo que me gusta es aportar ideas, trabajar, ser líder. Algo que llevo en la sangre es el trabajo con las mujeres. Yo formé un grupo de cincuenta damas y las reunía en mi casa. Les propuse que, como cada cual tiene sus necesidades, hiciéramos eventos para ayudarnos. Tuve que cerrar las inscripciones porque llegaron muchas mujeres muy necesitadas de apoyo, buscando una mano que las ayude pues son jefes de familia con obligaciones a sus espaldas. El comandante de la policía, el padre Marcelino y la directora de Fundesap fueron a la instalación del grupo. Pero solo duró tres meses pues el grupo empezó a decaer cuando organicé mi propio negocio y me tuve que dedicar a eso.

Me metí a una campaña política a trabajar de corazón para demostrarme de qué soy capaz.

Pero con el trabajo en la política me he visto un poco frustrada. Todos trabajamos para buscar a cambio una mano que nos ayude cuando tengamos problemas. Pero a mí me dieron la espalda. Ya no quiero saber de la política porque usan a las mujeres y luego, vaya, ¡no te conozco! Me he sentido un poco defraudada. Aunque a veces quisiera ser diputada para hacer algo. Porque las mujeres del común conocemos mejor las necesidades que los mismos gobiernos. Nos rozamos con todo el mundo y estamos palpando la crisis. Me siento impotente al ver tantas cosas.

Esta crisis nos afecta a las mujeres en muchos sentidos pues somos las que recibimos sus efectos. Todo repercute en las mujeres, incluso a nivel personal. Somos el motor fundamental de la familia, el eje de un hogar. A la mujer se le llevan los problemas en la casa. El hombre, sea obrero o militar, le lleva los problemas a la mujer para que los cargue. Todo se refleja sobre uno. Uno trata de ayudar a solucionar los problemas del hambre, de la guerra.

No nos han reconocido el valor que necesitamos como mujeres. ¿Cuándo se nos reconocerá? Las mujeres tenemos que pellizcarnos para ver qué hacemos, para apoyarnos entre nosotras. Es necesario que las mujeres tomemos las riendas para que el país y la isla se organicen un poco. Mi tierra colombiana siempre ha sido machista, los hombres han controlado el gobierno. Ahora las mujeres tenemos que darnos valor, unirnos, apoyarnos. Si las mujeres nos unimos puede haber un cambio. Para eso estoy trabajando con verraquera.

Esa es la idea que le digo a mis amistades, a mis compañeras. Siempre me buscan varias señoras. A nivel económico no tengo mucho que dar pero como mujer, como persona tengo mucho qué decirles para ayudarles a hacer lo mejor por los hijos, la familia. Siempre les digo lo mismo, que vamos a cambiar las ideas, que hay que salir adelante de este estancamiento, que hay que buscar futuro, que hay que invitar a eso a las mujeres.

Los problemas en la isla y sus soluciones

La isla anda mal por muchos factores. Una crisis a nivel mundial, a nivel nacional y local. La isla ha

ido llegando al fondo. La decadencia del departamento es total. A todos nos ha tocado la crisis.

A mi almacén llegan turistas y pienso que sería bueno tener una grabadora para recibir sus quejas y para hacer una encuesta sobre sus inquietudes, participar en la radio y comentar lo que oigo. Yo los atiendo cordialmente y como soy una persona inquieta, que quisiera hacer algo por la isla, les pregunto cómo ven a San Andrés. Me dicen: "pensé que la isla era algo mejor, le muestran a uno una cosa y cuando llega y ve, es otra cosa. En Cartagena o Santa Marta están más organizadas las cosas, por eso prefiero ir allí". Se quejan de las horas que tienen que esperar para entrar por tener que llenar la tarjeta de turismo. Se quejan del hotel. Se quejan de que compran cosas caras y de mala calidad. Tengo miedo de que esto vaya de mal en peor. Como aquí se vive del turismo, se deberían tomar en cuenta esa quejas para cambiar. Si dejan de venir turistas vamos a quedar con las manos vacías.

Yo estoy, en cierta manera, de acuerdo con las peticiones de los raizales. En unas cosas sí y en otras no. Estoy de acuerdo en que rescaten sus valores, su cultura, sus actividades tradicionales. No estoy de acuerdo con el banco de tierras, con más autonomía y con la discriminación que están haciendo contra el continental, que lo hacen sentir mal para que tenga que irse. Eso hace un daño psicológico. Si tuvieran autonomía qué sería de nosotros los continentales. Estoy en desacuerdo con ellos porque hacen sus peticiones, sus mesas de trabajo, sus diálogos pero no siempre hay invitación para el continental. No entiendo por qué en las peticiones no meten la parte continental y así todos luchamos por una sola causa: buscar el desarrollo y el bienestar de la isla.

Por haber sido nativos tienen derechos, eso les da facultad para que reclamen, pero el continental también tiene otros derechos. Cuando el gobierno da partidas es para toda la isla. No se qué tan especial es San Andrés con respecto a otras regiones del país. En mi departamento, en Córdoba, hay gente de distintas culturas y todo se celebra igual. No es solo para un sector. Allá hay mucho turco, hay paisas, además de los costeños. Pero no hay discriminación ni el gobierno

tiene que ser solo de uno u otro sector. Esto es Colombia y es de todos.

Aquí no se necesita sacar gente a la fuerza porque muchos se están yendo. Muchas amistades dicen: me voy, aquí nos están haciendo todo difícil. Mu-ch-a gente dice: si aquí no nos quieren, si todo se está cerrando, ¡vámonos! Hasta mis hermanas se quieren ir. La gente se está yendo por su voluntad más de lo que el gobierno cree. Unos se devuelven

para el continente y otros se quieren ir a España. Esto va a quedar dentro de poco desolado.

En poco tiempo veo desolada a la isla, ya no va a ser turística, con pocos habitantes, calles destruidas, sin comercio, la gente emigrando, los locales vacíos. En diez años me veo pensando en la familia. No me imagino viviendo en la isla sino un poco más tranquila. He retado muchas cosas en la vida y veo que me funciona.

Yo soy Mariana de apellido Martínez. Mis padres llegaron a la isla a finales de los años cincuenta y fueron de los primeros colonizantes que vinieron a la isla a aprovechar la apertura del puerto. Río Papamayo del Tíbana y vino todos en Barranquilla, de Puerto en Puerto y de pueblo en pueblo. Mi mamá nació en Barranquilla, de padres llaneros. Yo no nací aquí pero me considero isleña. Además, mi mamá conoció a mi papá en la isla, en la Sagrada Familia. Al terminar cuarto bachillerato, mis padres me envolvieron a Bogotá a hacer quinto y sexto. Entré a la Universidad Javeriana, a arquitectura, y en ese mismo semestre me di la locura de aprender inglés y me fui a Carolina del Norte a un college, donde estuve cuatro meses. No lo terminé porque me presenté a un programa de diseño en Asturias y, estando allí, un isleño me propuso matrimonio. Nos fuimos a vivir a la Mosquitia, en Honduras, Regresamos a San Andrés. Estuve en el Banco de Occidente como subgerente. Yo trabajaba de día mientras estudiaba de noche. En 1999, entre en el área de protección y desarrollo de la Comisión de Comercio, y luego me hice responsable de la parte ejecutiva y administrativa hasta que me encargaron de la dirección.

La relación de drabes con isleños

Estudié en la Isla, en la Sagrada Familia. En esa época obligaban a hablar español y no se oía hablar en creole. Pero como se compartía una forma de vida en San Andrés con el isleño, llegué a entender el creole. No me acuerdo de que hubiese diferencia social, que yo no pudiera ir a la casa de un isleño. A todos nos aceptaban sin distingos. Mis amigas de la época siguen siendo

mis amigas. Ahora en los colegios los grupos se han parchizado por niveles sociales. La diferencia en la educación se nota según la cuna de la que viene la persona. En el mismo colegio lo notas en la forma de expresarse y ver al otro, y no se da la misma oportunidad a todos.

Al terminar cuarto bachillerato, como estaba empapada con un isleño mayor que yo, me enviaron a Bogotá a hacer quinto y sexto. Entré a la Universidad Javeriana, a arquitectura, y en ese mismo semestre me di la locura de aprender inglés y me fui a Carolina del Norte a un college, donde estuve cuatro meses. No lo terminé porque me presenté a un programa de diseño en Asturias y, estando allí, un isleño me propuso matrimonio. Nos fuimos a vivir a la Mosquitia, en Honduras, en donde él había estudiado medicina y tenía que hacer el año rural allá. Allí nació mi primera hija. Regresamos a San Andrés y aquí tuvimos tres hijas. El se dedicó a los servicios artísticos y al supermercado. Al cabo de catorce años de casada, me separé y empecé a trabajar, ya no con la familia, en almacenes, como había trabajado antes, sino que busqué otras opciones. Trabajé en el Banco de Occidente como subgerente. No me gustó oír los lamentos de las personas y no poder hacer nada. Yo trabajaba de día mientras estudiaba de noche.

El isleño es como el árbol, machista a morir. Es mujeriego y tiene un gran sentido de familia hacia los ancestros. No se organiza, no planea, vive al hoy y le gusta todo flotar. Son amables y